

Reseña de Richard Tarnas, *The Passion of the Western Mind: Understanding the Ideas That Have Shaped Our World View* (La pasión de la mente occidental: Comprender las ideas que han conformado nuestra visión del mundo) (Nueva York: Ballantine Books, 1991) 544 páginas, notas, bibliografía, índice.

Por Michael W. Kelley

Contra Mundum, N° 10, invierno de 1994

Quizá nos sorprenda que un libro que explora las principales corrientes filosóficas e intelectuales del hombre occidental pueda no sólo publicarse, sino incluso convertirse en un gran best-seller. Ciertamente nos sorprendió el notable éxito de *The Closing of The American Mind* (El cierre de la mente americana), de Allen Bloom. Después de todo, ¿quién tendría hoy interés en leer sobre Platón, Aristóteles, Aquino, Descartes, Kant, etc.? Los profesores de las academias, tal vez, pero no el público lector.

Sin embargo, Richard Tarnas no sólo ha elaborado una obra que abarca a los principales pensadores y los efectos de sus ideas a lo largo de la historia de Occidente, sino que lo ha hecho con un éxito rotundo. Para cualquiera que esté interesado en lo que ha ocurrido en la historia de Occidente y que desee saber algo de lo que los hombres del pasado pensaban sobre sí mismos o sobre su mundo y la forma en que han influido en el desarrollo de nuestra civilización, el logro de Tarnas está destinado a excitar más que un poco la curiosidad. ¿Por qué otro libro que analiza el papel de los filósofos griegos, de los teólogos medievales, de los pioneros científicos modernos y, finalmente, de los teóricos críticos existenciales y deconstruccionistas contemporáneos debería despertar una atención tan generalizada?

La razón es que el libro de Tarnas *no* es otro aburrido tratado sobre el quién es quién de nuestro pasado histórico, ni un diálogo más, seco y rancio, sobre lo que *ellos* creían y por qué no les hacemos caso o los presentamos como curiosidades muertas por una mínima necesidad académica. Por el contrario, Tarnas escribe con brillantez y estilo. Es un hombre cuya misión es ayudarnos a ver lo que ha supuesto el surgimiento de la civilización occidental. Esa civilización es nuestra civilización, y lo que los hombres anteriores creían ha moldeado profundamente nuestros propios pensamientos y actitudes. Y lo que es más importante, nuestra civilización se encuentra, en opinión de Tarnas, en una profunda crisis de confianza; de hecho, nuestro siglo XX "posmoderno" puede estar siendo testigo del fin de la civilización occidental. Sin embargo, quiere que entendamos que esto no es el resultado de alguna influencia externa, sino que se debe a la "evolución" de la propia mente occidental. La crisis se produce porque la mente occidental ha evolucionado hasta el punto de considerar sus propios orígenes y su desarrollo con total desprecio. Sin embargo, el crecimiento de esa "mente" era inevitable dado el punto de partida y los supuestos sobre los que fue concebida. De ahí que aprender del pasado no signifique volver a él.

Sin embargo, Tarnas espera desandar nuestra herencia intelectual y filosófica desde el principio para poder explicar por qué la mente occidental estaba destinada a descarrilar y acabar en la crisis actual. Al mismo tiempo, pretende demostrar que las nuevas áreas de desarrollo—el feminismo, el ecologismo, el primitivismo de los pueblos nativos, el culto a la madre tierra y el no intelectualismo—están

proporcionando nuevas vías de síntesis y reintegración y, por tanto, germinando las raíces de una cultura fructífera, coherente y universal para toda la humanidad.

El libro de Tarnas se lee como una novela fascinante que llega a un poderoso clímax. De hecho, es al final cuando el tema de la obra se hace evidente. Sin embargo, al modo típicamente secular moderno, considera que la mente occidental está sujeta a un proceso evolutivo que debe seguirse desde el principio si se espera entender el resultado final.

1. Los griegos que llevan los regalos

Todo en la cultura occidental comienza con los griegos, por supuesto. Esta ha sido la interpretación humanista estándar desde al menos la época de los románticos de principios del siglo XIX. Tanto la Edad Media como la Moderna se construyeron esencialmente sobre la forma griega de pensar y reflexionar sobre la naturaleza de la realidad. La filosofía griega, más que nada, ha influido en las ideas occidentales y ha inspirado al hombre en su búsqueda de la verdad, la justicia, el sentido de la vida y la naturaleza del cosmos. Lo que dio a los griegos su preeminencia en los albores de la historia occidental fue su "tendencia sostenida y muy diversificada a interpretar el mundo en términos de principios arquetípicos". En el centro de su perspectiva "estaba la visión del cosmos como una expresión ordenada de ciertas esencias primordiales o primeros principios trascendentes, concebidos de diversas maneras como Formas, Ideas, universales, absolutos inmutables, deidades inmortales, *archai* divinos y arquetipos". (p. 3)

Los griegos, se afirma y afirma Tarnas, fueron los primeros en abrir la puerta de la mente o de la razón y, por tanto, en sacar al hombre de su dependencia primitiva y supersticiosa de "dioses" desconocidos e incognoscibles que parecían proporcionar la única explicación del orden que los hombres experimentaban a pesar del caos que les amenazaba continuamente. En cierto modo, esta "dependencia" proporcionaba una sensación de alivio dada la naturaleza brutal de la vida, con su impermanencia y su variación constantemente impredecible, especialmente si se tiene en cuenta que la muerte, la guerra, la enfermedad, el hambre, etc., eran realidades siempre presentes.

Sin embargo, en última instancia, la experiencia del hombre debe ser algo más que un flujo completo y una mutación constante. Debe haber algo permanente detrás de todo ello, algo en la naturaleza de las esencias inmutables que le daría al hombre la base del orden y la durabilidad. Además, hay algo demasiado noble en el hombre que debe llevarle a elevarse por encima de toda irracionalidad y azar. Si hay dioses, entonces en algún sentido deben ser como el hombre, lo que significa que el hombre debe ser como ellos. También él tiene una cualidad "divina", un medio dentro de sí mismo para crear orden y estabilidad y, por tanto, para frenar los impulsos del caos y la irracionalidad. No necesita vivir en una "dependencia" pasiva de los "dioses", porque él mismo es divino, especialmente en su mente o intelecto. Con esta herramienta puede aprehender las cosas permanentes—los arquetipos—y construir así una civilización para contrarrestar las fuerzas oscuras de la naturaleza que ponen en peligro su existencia.

Ahora bien, este "teórico y apologista preeminente de la perspectiva, cuyo pensamiento se convertiría en el fundamento más importante para la evolución de la mente occidental" fue Platón. Platón nos dio el mundo de las *Formas trascendentes* y dijo que el conocimiento debe consistir en estas "ideas" si ha de ser un conocimiento verdadero, eterno y más allá de la confusión cambiante de la materia y del mundo de nuestra experiencia sensorial inmediata. Las Formas proporcionaban la verdadera realidad

detrás de las apariencias o los fenómenos que estaban sujetos a cambios y transformaciones. Las Formas eran el *ser*, mientras que las cosas aprehendidas por los sentidos eran un mero *devenir*. En el reino de las ideas nada cambia, sino que todo es inmutable y eterno. Son la base de todo lo que existe, las causas formativas y reguladoras de la naturaleza. Los dioses ya no son necesarios, o más bien las Formas mismas son divinas.

El conocimiento de este mundo de ideas trascendentes se obtiene mediante la abstracción de la mente de todo lo que es material y sensual. El resultado implica que la "razón" en el hombre se convierte en un juez autónomo de lo que es la verdadera realidad. El factor clave en esta concepción platónica, entonces, se convierte en el papel del intelecto y la creencia de que la razón es la fuente última de la verdad y el orden. La implicación adicional es que el hombre posee el equipo (en su mente) para crear una existencia cultural ordenada y así "salvarse" de la tiranía del caos y el flujo. Para Platón, como para todos los humanistas occidentales desde entonces, el problema esencial del hombre ha sido considerado como *epistemológico*; es decir, como un problema de la "mente" en su relación con aquello sobre lo que la mente piensa. El conocimiento, o más bien la falta de él, deja al hombre a merced de fuerzas naturales imprevisibles. El conocimiento absoluto significa certeza absoluta y dominio del mundo del hombre. La mente es el medio para la potenciación del hombre.

Tarnas, que comparte esta explicación humanista básica, considera sin embargo que este énfasis en Platón es el origen de un dualismo que plagará, y finalmente amenazará, la existencia misma de la civilización occidental. Al oponer la mente a una realidad objetiva y hacer que esta última dependa de una comprensión y explicación absolutas de la primera, Platón abrió un abismo que no haría más que ensancharse a lo largo de la historia de Occidente. Tarnas piensa que Occidente alimentó un monstruo en su seno cuando concedió tales poderes a la "razón", ya que se opuso a la realidad inerte y muda. En efecto, la razón se convirtió en la única realidad. El hombre perdió el sentido del misterio y el sentimiento de unidad que el hombre antiguo experimentaba con el cosmos que le rodeaba. Sin embargo, aunque esta historia tiene sus inicios con los griegos, lo peor estaba aún por llegar.

2. En contacto con el más allá

En la descripción que hace Tarnas de la importancia de los griegos hay algo más que Platón.

Tarnas explica además cómo Aristóteles hizo que la filosofía esencial de Platón fuera aún más respetable desde el punto de vista racional al sacar las "Formas" del ámbito totalmente trascendente e inmaterial y hacerlas identificables con los objetos concretos perceptibles, o inmanentes a ellos. En este cambio, Aristóteles dio a la naturaleza física un "impulso inmanente". La naturaleza era un proceso automotor de la sustancia que se esforzaba por "realizar su forma inherente". (p. 58) Con Aristóteles el cambio era básico para la realidad, no una aberración. Al mismo tiempo, Aristóteles creía que el cambio se producía según una teleología incorporada a la naturaleza, de modo que el cambio se dirigía hacia una meta o Forma, conservando así la permanencia y el orden. Además, no se requería ninguna explicación para este movimiento de las cosas más que este "impulso interno". Con total seguridad, Aristóteles creía que, con las Formas ahora inmanentes en la naturaleza, serían fácilmente reconocibles para el intelecto humano, que la naturaleza estaría "intrínsecamente abierta a la descripción racional" por la que podría entonces ser "organizada cognitivamente". (p. 59)

Quizás el aspecto más significativo de la modificación de Platón por parte de Aristóteles fue su fuerte insistencia en que, dado que las Formas son inmanentes dentro de la naturaleza, el conocimiento sólo

puede alcanzarse comenzando con la *percepción* de los sentidos. Así, creía que sería posible que la mente percibiera los "patrones formales en el mundo sensible". (p. 59) Mediante el uso de la abstracción lógica a partir de la percepción de los sentidos, tales "patrones" se mostrarían indefectiblemente a la mente del hombre. Sin embargo, no había conocimiento alguno si no se percibía primero el objeto con los sentidos. Las cosas que no eran sensibles en la naturaleza estaban fuera de la cognición. Todo lo incognoscible no era real, no tenía existencia real.

En opinión de Tarnas, este desarrollo ulterior era necesario para descubrir el funcionamiento de la naturaleza, pero, al mismo tiempo, abrió una brecha aún mayor entre la mente que piensa y el mundo sensible, que se ha convertido en un mero "objeto" de penetración racional, dejando al hombre sólo con abstracciones y realidades muertas. Acercarse a la naturaleza puramente en aras del control "lógico" ha dejado al hombre con una sensación de vacío y sin un sentido más profundo del misterio de todas las cosas.

Tarnas considera que la filosofía griega posterior es, en cierto modo, un intento de corregir este desarrollo unilateral. En particular, en el neoplatonismo "la filosofía racional griega alcanzó su punto final y pasó a otro espíritu más profundamente religioso, un misticismo suprarracional". (p. 84) Tarnas considera que esta tendencia en el pensamiento helenístico tardío proviene de la interjección de un correctivo muy necesario en forma de influencias orientales con sus religiones de misterio que subordinaban lo humano a "los poderes abrumadores de lo sobrenatural". (p. 87) Es aquí donde Tarnas introduce el surgimiento del cristianismo y explica el impacto de su surgimiento en Occidente. El cristianismo fue esencialmente una religión mística helenística que se convirtió en la religión preeminente del hombre occidental en la Edad Media, en gran medida porque proporcionó un equilibrio al impulso racionalista del pensamiento griego.

Tarnas ve el surgimiento del cristianismo a través de las lentes de la teología liberal contemporánea. Fue creado por un pequeño grupo de hombres en torno a un ex fariseo judío llamado Pablo que se inspiró mucho en las enseñanzas morales y el mensaje de amor de cierto rabino judío llamado Jesús. Este Jesús, del que no sabemos nada más que lo que la Iglesia primitiva conjuró sobre él, fue con toda probabilidad un hombre que encontró la convicción de resistirse a la seca ortodoxia y al moralismo externo que prácticamente se había apoderado de la cultura judía de su época. Este último reducía la religión a un conjunto formal de prescripciones y requisitos que no agarraban el corazón con el sentido de lo divino ni se elevaban a la unión con el poder del amor eterno. De este modo, la búsqueda de una realidad superior y permanente de lo divino en el hombre se vio sofocada por la reducción de toda la vida a una actuación casuística. La Iglesia primitiva saldría de su capullo judío para presentar su "evangelio" de "redención" del mundo "que pasaba" a un mundo grecolatino que esperaba escuchar su sencillo mensaje. Al mismo tiempo, su mensaje fomentó una cierta transformación moral que influyó enormemente en la formación de un tipo específico de comunidad que se unió para animar a sus miembros a apartarse del mundo de las cosas pasajeras. El cristianismo buscaba las cosas permanentes —los arquetipos— en el ámbito espiritual, excluyendo casi por completo el ámbito material.

Lo que el cristianismo aportó a Occidente no fue simplemente una realidad para la contemplación mental, sino una nueva experiencia del amor de Dios. El Dios del cristianismo no era simplemente el producto final de un proceso intelectual, sino una Deidad personal que tenía un interés directo en los asuntos humanos y una preocupación vital por cada alma humana. El cristianismo fomentaba así una actitud altruista, una abnegación en aras de un bien mayor para la humanidad. El amor cristiano estaba "personificado en Cristo, que se expresaba mediante el sacrificio, el sufrimiento y la compasión

universal". (p. 117) El carácter de la civilización occidental se configuró de forma decisiva con estos rasgos.

Pero el cristianismo tenía un lado oscuro, derivado de su origen judío, a saber, el énfasis en que el hombre es omnipresentemente malo y que existe una profunda alienación entre el hombre y Dios. En este caso, Dios es visto como un severo Dios de la justicia que castiga implacablemente a los malhechores y condena a los desobedientes a un dolor y un tormento sin fin. Esta concepción del cristianismo influyó en la formación de la Iglesia como instrumento de la ira y la venganza divinas contra los herejes y los infieles, que incitó a las autoridades a utilizar la espada y el fuego contra todos los que se negaban a someterse al sagrado orden institucional de Dios. En Occidente, según Tarnas ("a la liberal"), "la unión filosófica mística de inspiración helénica con el Logos divino, retrocedió como objetivos religiosos explícitos en favor del concepto más judaico de la estricta obediencia a la voluntad de Dios—y, por extrapolación, la obediencia a las decisiones de la jerarquía eclesiástica—" ganó terreno como ideal básico de la ortodoxia cristiana.

Sin embargo, el cristianismo había abierto nuevas dimensiones para la historia humana al reconocer las posibilidades de "deificación humana" (p. 129) mediante la ascensión y participación en el Logos de Dios a través de la experiencia del amor trascendente. Tarnas ve el cristianismo por la importancia que tiene para el hombre, porque valora mucho la humanidad y exalta la personalidad del hombre como algo más que un instrumento de la razón para observar, analizar y comprender el mundo natural. Ve al hombre como algo más que un mero animal intelectual, sino como un ser "espiritual" capaz de una experiencia superior con lo trascendente.

Sin embargo, la cultura esencial siguió siendo griega y pronto reafirmó sus pretensiones con el despertar del escolasticismo. La escolástica fue el intento de combinar el énfasis cristiano en la unión espiritual con el Logos con el ideal griego de la primacía del intelecto. Para ello, distinguió entre lo que pertenecía a la "fe" y lo que pertenecía al "conocimiento". El Aquinate, en particular, enseñó que el hombre debe alcanzar el "conocimiento" de las cosas creadas porque es semejante a Dios poseer tal comprensión del orden natural, pero también se debe llevar ese "conocimiento" a su culminación en el ámbito espiritual porque el hombre es más que un ser "natural", ha sido creado para ser como Dios, que es puro espíritu. El Aquinate se esforzó por mantener la unidad entre ambos lados de la naturaleza del hombre. Intentó explicar el orden de la realidad como la expresión de una jerarquía, empezando por la entidad espiritual más elevada, Dios, hasta la mera materia, y, al igual que había una relación continua de un extremo a otro en el reino del ser, también en el reino del conocimiento. Como mínimo, la escolástica despertó y estimuló en gran medida el interés largamente dormido de la mente occidental por su insuperable necesidad de conocer y dominar el orden de la realidad.

3. El declive

Con la llegada del "Renacimiento", el rumbo de la mente occidental parecía firmemente fijado en su adhesión al espíritu griego de dominio racional total del mundo conocido. Tras la larga Edad Media, con su predominante sentido monástico de retraimiento de este mundo y preocupación por el siguiente, el Renacimiento cambió la dirección de la historia hacia una nueva confianza en el hombre y su libertad divina, junto con la creencia en su "genio" inherente y sus poderes creativos, para comprender los misterios de la naturaleza. "En comparación con sus predecesores medievales, el hombre del Renacimiento parecía haber ascendido repentinamente a un estatus prácticamente sobrehumano. El hombre era ahora capaz de penetrar y reflejar los secretos de la naturaleza, tanto en el arte como en la

ciencia, con una sofisticación matemática, una precisión empírica y un poder estético numinoso sin parangón." (p. 224) Los hombres desafiaron todas las autoridades tradicionales asociadas al cristianismo y a la Iglesia y basaron la verdad y el conocimiento en el juicio independiente de la razón. (Tarnas no ve que los hombres del Renacimiento simplemente cambiaron una forma de religión por otra. Rechazaron cualquier autoridad que insinuara el cristianismo, pero pregonaron hasta el cielo la "autoridad" de griegos y romanos. No eran más independientes en su pensamiento que los pensadores medievales que decían no ser). La gran transformación que aportó el Renacimiento fue su nueva concepción del hombre. No era esencialmente malo, sino bueno, y totalmente capaz de "crear" un mundo en el que el hombre pudiera vivir en armonía consigo mismo y con la naturaleza.

Para Tarnas, la importancia del Renacimiento radica en el estímulo que supuso para el surgimiento de la ciencia moderna y en la forma en que configuró la visión de la vida del hombre. "La Revolución Científica fue tanto la expresión final del Renacimiento como su contribución definitiva a la visión moderna del mundo". (p. 248) A su vez, esta Revolución Científica provocó una Revolución Filosófica que afectó fatalmente a Occidente y que ha conducido a la crisis actual. En particular, fue Copérnico quien, a pesar de haber logrado resolver el eterno problema de los planetas, es el que más merece ser acreditado por llevar esta primera "revolución" a su culminación. Basándose en los métodos utilizados por Copérnico, Descartes hipotetizará un nuevo concepto de la realidad junto con una nueva idea del ser en su encuentro con esta realidad. Muchos otros actores pasarán por el escenario de este doble drama, algunos incluso con papeles más que secundarios, pero estos dos interpretarán los papeles principales.

Copérnico, al estudiar intensamente el problema de los planetas, alteró radicalmente la percepción que el hombre tenía de sí mismo y de su mundo en el esquema total de las cosas. Al plantear la hipótesis de un universo centrado en el Sol (sistema solar revisado posteriormente), Copérnico no sólo pudo resolver el problema, sino que, al mismo tiempo, destronó la centralidad de la Tierra (y del hombre) en la finalidad del cosmos. La idea cristiana de la creación de la tierra y el hombre, y su importancia central en el orden de Dios, de repente parecía un mito más. El universo no giraba alrededor de la tierra, sino que la tierra y otros cuerpos celestes giraban alrededor del Sol. La tierra no era inmóvil, sino que se movía, y "si la tierra se movía de verdad, entonces ya no podía ser el centro fijo de la Creación de Dios y de su plan de salvación. Tampoco el hombre podía ser el foco central del cosmos". (p. 253) Más importante aún, Copérnico había descubierto esta nueva verdad astronómica mediante deducciones matemáticas y observaciones empíricas. La "revelación" de Dios ahora no sólo no era necesaria, sino que, como en este caso, demostró que sólo conducía al mito y al error. El hombre creía en el poder de su propia mente para comprender *absolutamente* todo lo que antes era misterioso sobre el cosmos. También concibió que los mismos poderes eran capaces de descubrir también la verdadera naturaleza de toda la realidad terrenal, incluyendo cómo crear la mejor política para el hombre. La era secular moderna había llegado por fin, tras un largo periodo de gestación.

Descartes extrajo la inferencia natural de la reflexión sobre la relación entre la mismidad del hombre (en la que reside la mente) y la objetividad del mundo más allá. Si el conocimiento del cosmos es posible por la propia mente, por la aplicación de los principios de la lógica deductiva y no se recibe simplemente de forma pasiva, entonces ¿cómo podemos estar seguros de que lo que la mente deduce sobre la realidad es algo más que quimérico? Tal vez la mente no conozca realmente nada más allá de sus propios pensamientos. Pero Descartes estaba satisfecho de poder demostrar que la mente podía, al menos, conocerse a sí misma sin ninguna duda. Eso era seguro. En cuanto al mundo objetivo, Descartes simplemente creía que alguna deidad debía asegurar que éste y el yo se pusieran realmente en contacto

para que no nos desilusionáramos totalmente con la búsqueda del conocimiento. Pero la deidad para Descartes era la propia razón humana, y esta deidad era realmente infalible e incapaz de engañar al hombre. Descartes hizo de esta "deidad" el punto de partida central de todo conocimiento y la autoridad central para el juicio humano sobre todo lo que la mente pudiera pensar.

Lo que estos dos hombres propiciaron fue un cambio fundamental en el concepto de la realidad, así como en lo que se podía conocer y en el modo de hacerlo. Desde su punto de partida, los hombres resolvieron que el "universo en sí mismo no estaba dotado de inteligencia o propósito consciente; sólo el hombre poseía tales cualidades". La capacidad de manipular racionalmente las fuerzas impersonales y los objetos materiales de la naturaleza se convirtió en el paradigma de la relación humana con el mundo". (p. 287) Aquella dimensión trascendente aportada tan maravillosamente por el cristianismo, que hizo fructificar lo que era único en las religiones místicas helenísticas, fue desechada. La ciencia sustituyó a la religión en el centro de los esfuerzos conscientes del hombre. (También en este caso, la "ciencia" era simplemente un sustituto "religioso" del cristianismo) "Los dominios de la religión y la metafísica se fueron compartimentando gradualmente, considerándose como personales, subjetivos, especulativos y fundamentalmente distintos del conocimiento público objetivo del mundo empírico" (p. 286) El hombre fue desechado. (p. 286) El hombre quedó solo en un universo material que no poseía ningún significado intrínseco. No estaba hecho para el hombre y éste sólo podía sentirse a gusto si controlaba racionalmente la naturaleza que le rodeaba. Durante algún tiempo, el hombre se sintió seguro de sí mismo y de su capacidad para moldear su mundo a su satisfacción. Esperaba que, a medida que la razón progresara, el hombre avanzaría hacia la utopía. El hombre podía "planificar" la historia para que se ajustara a sus aspiraciones.

Pero la nueva visión del universo como una máquina, "un mecanismo autónomo de fuerza y materia, sin objetivos ni propósitos, sin inteligencia ni conciencia", pronto dio lugar a un nuevo sentimiento de alienación. El hombre, en lugar de ser la noble creación de Dios con un destino divino, no era más que un animal, un experimento de la naturaleza. Habiendo perdido toda nobleza espiritual, los hombres llegaron a sentirse empobrecidos y extraños en el cosmos. (pp. 326 y 327) El mundo moderno comenzó atribuyendo al hombre la "divinidad", pero acabó vaciándolo de todo lo que antes se consideraba "humano". "Cuanto más se esforzaba el hombre moderno por controlar la naturaleza mediante la comprensión de sus principios, por liberarse del poder de la naturaleza, por separarse de la necesidad de la naturaleza y elevarse por encima de ella, más completamente sumergía su ciencia al hombre en la naturaleza... también en su carácter mecanicista e impersonal". (p. 332) La crisis había llegado con toda su fuerza—lo que Tarnas, erróneamente, define como la "crisis de la ciencia".

4. Misterio mágico

La Ilustración moderna llevó la crisis a su punto álgido. La "mente", que se había convertido en el único árbitro de la realidad, quedó en dificultades epistemológicas. Como todo se hizo depender de la "percepción" de la mente de la realidad más allá de ella misma, ya no se podía estar seguro de que el orden que se obtenía en la mente era objetivamente inherente a la naturaleza. Además, la mente no tenía contacto con ninguna realidad aparte de la experiencia sensorial, que por sí misma no podía decirle a la mente si la realidad más allá de ella estaba realmente allí y era intrínsecamente coherente o simplemente un revoltijo de impresiones caóticas.

Kant, el último de los pensadores de la Ilustración y el primero de los románticos, presentó su solución "copernicana" a este dilema. Kant acabó de una vez por todas con la noción de que la mente, en

cualquier sentido, era pasiva en el proceso de conocimiento. Más bien, ningún "mundo", ningún orden existe si no es estructurado primero por la mente. Lo que la "ciencia" conoce es lo que la mente ha hecho disponible a partir de sus propios recursos. El mundo exterior no se corresponde con los datos de los sentidos, sino con los principios de la propia mente. La mente no se ajusta a la realidad; la realidad se ajusta a la mente. (p. 346) Ahora bien, esta transformación básica de la epistemología se ha convertido en la verdad cardinal de la era moderna.

Pero Kant lo hizo posible a un alto precio. Tiene que separar para siempre la mente de cualquier cosa que no sea lo que "aparece" a la mente. Si existía alguna realidad intrínseca más allá de la mente, era totalmente desconocida e incognoscible. Kant situó de nuevo la mente del hombre en el centro del "universo cognitivo", mientras negaba el contacto de la mente con cualquier orden "real".

La importancia de esto, sin embargo, según Tarnas, es que Kant estableció que la ciencia, o la dimensión racional de las cosas, estaba implícitamente limitada sólo al conocimiento de las apariencias. La ciencia, la aproximación a la verdad y al conocimiento iniciada por los griegos, "ya no podía arrogarse el conocimiento de toda la realidad, y precisamente esto permitió a Kant reconciliar el determinismo científico con la creencia religiosa y la moral". (p. 349) El Romanticismo aprovecharía esta concepción kantiana como base de la liberación del hombre de la tiranía de la mente.

A medida que avanzaba el siglo XIX, nuevas adiciones a la ideología romántica postkantiana fueron ganando adeptos. Aunque la ciencia continuó su camino hacia una mayor sofisticación y experiencia técnica, se produjo un movimiento contrario, especialmente en la psicología, donde Freud se esforzó por redefinir al hombre en términos de una nueva no racionalidad post-darwiniana. El hombre no era en primer lugar un ser "cognitivo", sino que acechaba bajo el umbral del pensamiento la región del *Id*, oscura y misteriosa y fuente del comportamiento. De los impulsos de esta dimensión irracional fluían los poderes creativos subracionales del hombre, poderes que no podían analizarse ni explicarse sobre la base de las visiones occidentales tradicionales del hombre. Si un mundo de significado era posible para el hombre en un universo impersonal, se encontraría en las profundidades imaginativas, donde sus instintos ocultos de belleza, orden, sacralidad y existencia inventarían espontáneamente cualquier realidad conjurada por las sensibilidades artísticas.

El temperamento romántico "percibía el mundo como un organismo unitario más que como una máquina atomística, exaltaba la inefabilidad de la inspiración más que la iluminación de la razón, y afirmaba el drama inagotable de la vida humana más que la tranquila previsibilidad de las abstracciones estáticas." (p. 367) Una vez más, una nueva visión para la unificación con lo trascendente surgió en escena para ennoblecer al hombre y proporcionarle un contacto más profundo con el verdadero fundamento del ser. "Explorar los misterios de la interioridad, de los estados de ánimo y los motivos, del amor y el deseo, del miedo y la angustia, de los conflictos y contradicciones interiores, de los recuerdos y los sueños, experimentar estados de conciencia extremos e incommunicables, dejarse llevar por el éxtasis epifánico, sondear las profundidades del alma humana, llevar el inconsciente a la conciencia, conocer el infinito", constituía el programa del Romanticismo. La vida debía ser un acto de afirmación heroica y de realización triunfal. El hombre podía "querer" un "orden redentor en el caos de un universo sin sentido sin Dios".

(p. 371)

Fue a partir del Romanticismo que los hombres comenzaron a cuestionar los supuestos de la civilización occidental. Porque el Romanticismo relativizó todos los sistemas de valores y sólo

reivindicó una importancia especial para lo único y lo extraño. Toda experiencia humana era igual en verdad y un impulso a la libertad de expresión. El Romanticismo fomentó el antihéroe, el individuo que se atrevía a resistir u oponerse a las actitudes y costumbres convencionales. Era su propia autoridad, su propia moral, no estaba obligado a respetar un orden establecido del hombre. (Lo que Tarnas no comprende es que el desarrollo del Romanticismo sólo fue posible en Occidente, donde la autoridad moral del cristianismo se había impuesto antes. El Romanticismo existe principalmente como un ataque a esa autoridad).

El Romanticismo formó una cultura propia. Mientras la ciencia seguía dominando la cultura "exterior" de Occidente, el Romanticismo había tomado el control de su cultura "interior". (p. 375) Y las dos culturas estaban profundamente enfrentadas. El hombre moderno estaba dividido, desgarrado entre dos visiones del mundo. La ciencia proporcionaba al hombre una "estupenda cantidad de información... sobre todos los aspectos de la vida", pero no podía proporcionar ninguna visión ordenadora de la vida. "La calidad de la vida moderna parecía siempre equívoca. El espectacular empoderamiento era contrarrestado por una sensación generalizada de ansiosa impotencia". (p. 388) Occidente había producido un "páramo espiritual". El idealismo romántico parecía dirigirse hacia "la desesperación o el desafío autodestructivo". (p. 390) Su mundo interior se estaba convirtiendo rápidamente en algo trillado e inauténtico, fascinante por un breve momento, para luego desvanecerse en el olvido.

La situación "posmoderna" había llegado a nuestras puertas. También hemos llegado a ver por fin lo que ha animado a Tarnas a escribir su libro. Quiere ofrecer una solución a nuestro dilema. Tiene un "evangelio" que proclamar.

El mundo posmoderno es el resultado necesario de la larga evolución filosófica de la mente occidental. Sin embargo, no es un resultado en continuidad con esa mente, sino que está profundamente en desacuerdo con ella. O, más bien, es el vástago ilegítimo despreciado que encuentra que la aceptación sólo es posible destruyendo radicalmente toda legitimidad. En la era posmoderna la herencia intelectual occidental es "condenada como inherentemente alienante y opresivamente jerárquica—un procedimiento intelectualmente imperioso que ha producido un empobrecimiento existencial y cultural, y que ha conducido en última instancia a la dominación tecnocrática de la naturaleza y a la dominación socio-política de los demás". (p. 400) Para la mente posmoderna no existe nada en forma de "principios abstractos fijos". Desde su perspectiva todo es indeterminado, en constante cambio, sin ningún objetivo o propósito sustancial. Lo que el hombre conoce en un contexto en el que la mera "existencia" es la única realidad es simplemente lo que el hombre hace nacer a través de su "interpretación". Y ninguna realidad objetiva predetermina cómo debe interpretar la mente. Al final, lo que se tiene es una cultura, si es que puede llamarse así, que se caracteriza por el "relativismo dogmático", el "escepticismo fragmentario" y el "desapego cínico". (p. 402) De hecho, como cultura estamos al borde del desastre "con el futuro del espíritu humano, y el futuro del planeta, pendiendo de un hilo". (p. 413)

Sin embargo, a pesar de los presagios, Tarnas ve todo esto como una razón para ser optimista. Para él, representa una nueva fuerza de cambio, pero ahora no sólo un cambio por sí mismo, sino un cambio a mejor. Ve la posibilidad de una nueva "síntesis". Los hombres, y las mujeres, están descubriendo nuevos recursos espirituales para enfrentarse a la radical deshumanización de la vida. Están encontrando nuevas vías para reintegrar a la "humanidad" en su entorno, tanto espiritual como naturalmente. Uno de los métodos es el del feminismo radical, que está mostrando cómo nuestra tradición occidental ha sido oprimida unilateralmente por las "concepciones patriarcales de la naturaleza" y la racionalidad "masculina". Este enfoque racional masculino, que comenzó con los

griegos, ha distorsionado la realidad al considerar la naturaleza como "un objeto femenino sin sentido y pasivo, que debe ser penetrado, controlado, dominado y explotado". (p. 407) Otros nos advierten de que nuestra "pasión" racional está amenazando toda la vida en el planeta Tierra, que ya no se puede contar con la ciencia para dar respuestas. De hecho, la mentalidad científica es parte del problema, no de la solución. Además, el método científico, al exigir certeza predictiva, precisión mecanicista e impersonalismo estructural para poder comprender los fenómenos de la naturaleza, ha expulsado del universo todas las demás cualidades de la existencia viva. Y, sin embargo, lo básico para la propia fe de Tarnas es precisamente lo que está en la raíz de la ciencia, es decir, los supuestos filosófico-epistemológicos sobre la mente y su conocimiento del mundo. "El pivote del predicamento moderno es epistemológico, y es aquí donde debemos buscar una apertura". (p. 422)

Tarnas propone ofrecer como solución a la gran pérdida de sentido del significado humano en la cultura occidental una nueva epistemología. Dado que el problema es para él el "dualismo" que ha llegado a separar al sujeto humano del mundo objetivo, debe ofrecer una forma de reconectar ambos. Esto implica una nueva mística de la Naturaleza. Tal vez sería más exacto decir que simplemente revive el "viejo" misticismo de la Naturaleza que sostenía la noción de que la "mente" y el "mundo" eran fundamentalmente aspectos el uno del otro y que la Mente era el Mundo en su "auto-revelación" o "auto-objetivación". En este esquema, la mente humana puede ser referida con orgullo como el "órgano del propio proceso de autorrevelación del mundo". (p. 434) Quien sostiene este punto de vista puede decir astutamente, entonces, que la Naturaleza no es una realidad independiente frente a la mente del hombre, sino que es la realidad que la mente del hombre produce en su acto de cognición. ¡Voilà! El hombre ha recuperado el centro; la vida tiene sentido; ¡nada es ajeno al hombre!

Tarnas ha escrito un libro fascinante, pero sin embargo no ha llegado a la raíz del asunto en lo que respecta a la mente occidental. Dado que comparte los supuestos de quienes le han precedido en el diagnóstico del llamado problema "epistemológico", no puede comprender que la verdadera cuestión no ha sido más que disfrazada por esta elaborada farsa filosófica. El verdadero problema del hombre ha sido su insaciable deseo de sustituir a Dios como Creador y, por tanto, Intérprete de su existencia y de todas las cosas. Cuando los griegos articularon por primera vez el problema de los "arquetipos", la intención "religiosa" subyacente era definir la naturaleza de la realidad de tal manera que la mente del hombre fuera su único arquitecto. La larga historia del pensamiento occidental ha sido el intento de mejorar este impulso. Sin embargo, como el hombre no quería más explicaciones que las que él mismo concebía, debía estar seguro de que lo abarcaba todo y no dejaba nada sin explicar; es decir, consideraba necesario tener un conocimiento "exhaustivo". Pero el pensamiento occidental también demuestra que esa ambición no pudo realizarse. Los nuevos hechos e interpretaciones seguían llevando al pensamiento por extraños caminos aliados. Mientras los hombres seguían asumiendo que una explicación "científica" total no sólo era posible sino absolutamente necesaria, algo en la naturaleza del hombre seguía rebelándose contra la tiranía de lo racional. Los "dioses" no se ponían de acuerdo. Y, entonces, cuando el mundo pareció escindirse del conocimiento del mundo por parte de la mente y convertirse en un objeto de mera contemplación crítica, a nadie se le ocurrió que el hombre no estaba destinado a erigir el "conocimiento" en un ídolo y a esforzarse por alcanzar una comprensión que sólo Dios podría tener. Si el hombre parecía llegar a un callejón sin salida "epistemológico" era sólo porque se negaba a someterse, junto con su "conocimiento", a la voluntad y al señorío de Dios sobre su vida.

Aun así, el libro de Tarnas es una visión útil de la mente "secular" occidental y de su forma de ver los problemas. Debería recordarnos que los cristianos no pueden seguir el juego del mundo secular en sus explicaciones de las cosas si no quieren ser engañados con explicaciones equivocadas. Tarnas piensa

que el feminismo, el ecologismo y otras cosas similares son la ola del futuro. Cree que la naturaleza del problema del hombre es tal que no hay otras soluciones disponibles. Los hombres y las mujeres están profundizando en su psique y encontrando una nueva "integridad" entre el sujeto y el objeto, que ya no está impulsada por la racionalidad y la dominación. En realidad, Tarnas es un humanista más que cree incuestionablemente en el hombre, el pensador, el filósofo, que se sitúa en el centro del universo y revela, como Dios, su sentido y su finalidad.